

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

**SIGN UP free for
Link to Liturgy**



[1] Santa Faustina; La Divina Misericordia en mi Alma; Sección 8-10

[2] YouCat – Catecismo de la Iglesia Católica para Jóvenes; Sección 110

[3] Ver la Oración en la Coraza de San Patricio

¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Mateo 25:1-23 - pg. 1
¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3
¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Mateo 25:1-23 – Misal Romano Diario

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: “El reino de los cielos es semejante a diez jóvenes que tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran descuidadas y cinco, previsoras. Las descuidadas, llevaron sus lámparas, pero no llevaron aceite para llenarlas de nuevo; las previsoras, en cambio, se llevaron cada una un frasco de aceite junto con su lámpara. Como el esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó un grito: ‘¡Ya viene el esposo! ¡salgan a su encuentro!’ Se levantaron entonces todas aquellas jóvenes y se pusieron a preparar sus lámparas, y las descuidadas dijeron a las previsoras: ‘Dennos un poco de su aceite, porque nuestras lámparas se están apagando’. Las previsoras les contestaron: ‘No porque no va a alcanzar para ustedes y para nosotras. Vayan mejor a donde lo venden y cómprenlo’. Mientras aquellas iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban listas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron las otras jóvenes y dijeron: ‘Señor, señor, ábrenos’. Pero él les respondió: ‘Yo les aseguro que no las conozco’. Estén, pues, preparados, porque no saben ni el día ni la hora.”

Lectura Espiritual – De una homilía escrita en el siglo segundo

Por el bien de la vida eterna, mis hermanos, hagamos la voluntad del Padre que nos llamó, resistiendo las tentaciones que nos llevan al pecado y esforzándonos sinceramente para avanzar en la virtud. Hagamos reverencia a Dios por temor a los males que brotan de la impiedad. Si somos celosos en hacer el bien, tendremos paz, pero no hay paz para los que, regidos por el respeto humano, preferimos el gozo presente a las futuras promesas. No se dan cuenta ni del tormento que está reservado para ellos a causa de estos placeres momentáneos, ni de la alegría de las promesas por venir. Y en efecto podría ser soportado si su conducta afectó sólo a sí mismos, pero como es, ellos persisten en corromper a los inocentes, sin saber que incurren en una condena doble, para ellos y sus discípulos. Así que sirvamos a Dios con un corazón puro, y luego estaremos viviendo como deberíamos. Si fallamos en servirle a causa de nuestra incredulidad, sólo seremos miserables. Desdichados son los de fe vacilante, dice el profeta, la gente que duda en su corazón y dice: Escuchamos todo esto aun cuando nuestros padres estaban vivos y día tras día hemos esperado en vano alguna prueba de ello. Oh insensatos! Piensen en un árbol, y vean cómo se

parecen a él. Una vid, por ejemplo, primero pierde sus hojas y luego aparece el capullo; después de eso llega la uva agria y finalmente un racimo de fruta madura. Así es con mi pueblo. Ellos han tenido sus tumultos y aflicciones, pero después vendrá la recompensa.

Esperando y vigilando (Parte II) - Lección y Discusión

No sólo somos nosotros los que vigilamos y esperamos a Cristo, sino Cristo que observa y espera por nosotros. Recordamos el padre de la parábola del hijo pródigo. El padre observaba y esperaba.

¿Cuánto tiempo haremos observar y esperar a Nuestro Padre por nosotros? ¿Por qué observa y espera por nosotros? A principios de 1900 una joven adolescente, mientras estaba en un baile con sus amigos, tuvo una experiencia mística en su alma en la que Jesús le preguntó: “¿Cuánto tiempo debo de aguantarte y por cuánto tiempo me vas a seguir posponiendo?” No tenemos que tener una experiencia mística para que Jesús nos pregunte a cada uno de nosotros, “¿Cuánto tiempo vas a hacer me observar y esperar?” La adolescente, cesó el día y sin dudarlo, dejó de hacer observar y esperar a Jesús; siguió la llamada a convertirse en monja y se convirtió en un apóstol de la Divina Misericordia de Dios. Santa Faustina era como cualquier otro adolescente. La diferencia es que cuando ella dejó de hacer observar o esperar a Jesús y, cuando ella tomó esa decisión, su vida y muchas otras vidas fueron transformadas. A través de santa Faustina, Jesús trajo el mensaje de la Divina Misericordia al mundo. Esta joven adolescente se convirtió en la primera santa canonizada en el nuevo milenio. Cuando dejemos de hacer esperar a Jesús, también nosotros nos convertiremos en los santos del nuevo milenio.

“El año decimotercero de mi vida. Un ferviente llamado a mis padres para el permiso de entrar en el convento. La rotunda negativa de mis padres. Tras esta negativa, me entregué a las vanidades de la vida, sin prestar atención a la llamada de la gracia, aunque mi alma no encontró satisfacción en cualquiera de estas cosas. La llamada incesante de gracia me causó mucha angustia; Traté, sin embargo, de sofocarla con diversiones. Interiormente, esquivé a Dios, convirtiendo con todo mi corazón a las criaturas. Sin embargo, la gracia de Dios se impuso en mi alma. Una vez que estaba en un baile [probablemente en Lodz] con una de mis hermanas. Mientras todos estaba pasándola bien, mi alma estaba experimentando profundos tormentos. Cuando empecé a bailar. De repente vi a Jesús a mi lado, Jesús atormentado por el dolor, despojado de su ropa, todo cubierto de heridas, quien hablo estas palabras para mí: ¿Cuánto tiempo debo de aguantarte y por cuánto tiempo me vas a seguir posponiendo? En ese momento la música encantadora se detuvo, y la compañía con la que estaba desaparecido de mi vista; quedaba Jesús y yo. Tomé un asiento junto a mi querida hermana, fingiendo tener un dolor de cabeza con el fin de encubrir lo que ocurrió en mi alma. Después de un rato salí desapercibida, dejando a mi hermana y a todos mis compañeros atrás y me dirigí a la Catedral de San Estanislao Kostka. Estaba casi anocheciendo; sólo había unas

pocas personas en la catedral. Sin prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor, me postré ante el Santísimo Sacramento y rogué al Señor que tuviera la bondad de hacerme comprender lo que debía hacer a continuación. Entonces oí estas palabras: Ve de inmediato a Varsovia; ahí entrarás a un convento. Me levanté de la oración, llegué a casa, y me encargue de las cosas que necesitaban ser resueltas. Como pude, le confesé a mi hermana lo que ocurrió dentro de mi alma. Le dije que dijera adiós a nuestros padres, y así, solamente con mi vestido, sin más pertenencias, llegué a Varsovia.”[1]

Cristo observa y espera y desea unirse con nosotros. **¿Cómo sabemos si estamos unidos con Cristo?** Podemos hacer algunas preguntas.”[2]

¿A quién ponemos en primer lugar en nuestra vida? Él está por encima de nosotros, y el Único por quien doblamos la rodilla en adoración. **¿A quién obedecemos?** Él está con nosotros como cabeza de su Iglesia, en la que el Reino de Dios comienza incluso ahora; **¿Quién nos está guiando, y quien es nuestra fuente de poder?** Él está por delante de nosotros como Señor de la historia, en quien los poderes de las tinieblas están definitivamente superados y los destinos del mundo son llevados a la perfección de acuerdo con el plan de Dios. **¿Quién es nuestra esperanza e idea de la perfección?** Él sale a nuestro encuentro en la gloria, en un día que no sabemos, para renovar y perfeccionar el mundo.

Si no queremos estar con Cristo en esta vida, ¿por qué queremos estar con Él en el más allá? Muchas personas pueden tener el deseo de ir al cielo. El cielo es la unidad con Dios. **¿Qué nos haría entonces, querer estar unidos con Dios, sin que nos importe estar unidos con Dios ahora? ¿Es sólo porque no queremos ir al infierno?** Podemos desear a Dios por miedo o por amor, el amor conquista todo temor, vamos entonces a amar a Dios y a amar a Dios ahora.

Si somos capaces de responder a estas preguntas con sinceridad, nos daremos cuenta de que Cristo no debe ser “una parte” de nuestra vida, sino que debe ser nuestra vida. Entonces podemos orar como San Patricio oró: “Cristo conmigo, Cristo delante de mí, Cristo detrás de mí, Cristo en mí, Cristo debajo de mí, Cristo sobre mí, Cristo a mi derecha, Cristo a mi izquierda, Cristo cuando me acuesto, Cristo cuando me siento, Cristo cuando me levanto, Cristo en el corazón de todo hombre que piensa en mí, Cristo en la boca de todo el que habla de mí, Cristo en todo ojo que me ve, Cristo en cada oído que me escucha.”[3]

¿Por qué a veces no sentimos a Cristo con nosotros, ante nosotros, detrás de nosotros, etc.?

Podemos experimentar su cercanía especialmente:

en Dios la Palabra

en la recepción de los Sacramentos

en el cuidado de los pobres

y donde “dos o tres están reunidos en mi nombre” (ver Mateo. 18:20).